

PREMIAR Y APREMIAR*

Javier Gomá

Ceremonia de entrega Premios Arte y Mecenazgo 2014

6 de mayo, CaixaForum Madrid



Fundación
Arte y
Mecenazgo

*Conferencia transcrita de la intervención oral.

Empiezo con la pregunta ¿qué hace de un premio algo prestigioso? Sin duda el prestigio de un premio depende al menos de tres factores: las instituciones que lo conceden, las personas que componen el jurado y los propios premiados. No hago la *laudatio* de las tres premiadas Soledad Sevilla, Silvia Dauder y Pilar Citoler, no porque no la merezcan, sino por todo lo contrario, porque no la necesitan, son extraordinariamente bien conocidas en el sector.

Los jurados están formados por nombres eminentes de la mayor reputación en cada una de sus áreas. Debe ser una satisfacción para los premiados saber que son los mejores de cada una de sus modalidades quienes les han escogido a ellos y les han distinguido con el premio. Y finalmente, la institución, la Fundación Arte y Mecenazgo, que ha empezado con muy buenos apoyos y grandes aciertos, y entre esos aciertos se ve justamente la definición de estas tres modalidades que describen bien el proceso de creación, distribución y adquisición del arte: el premio al artista, a la galería y al coleccionista.

Sobre estas tres modalidades hay dos principios que generan una tensión nunca resuelta. Kant habla de aquello que tiene precio y de aquello que tiene dignidad. La creación de un artista es algo que tiene que ver con la dignidad infinita de la vocación artística, el artista no tiene otra fidelidad que su propia obra. Luego está el precio que esa obra tiene en el mercado, precio humano, precio relativo, que se pacta entre galeristas, compradores, coleccionistas, aunque es bueno destacar que también las galerías y los coleccionistas están enamorados de la fuerza, de la alegría y de la novedad del arte. En estas palabras que siguen quiero referirme a las obras de arte como cosas que tienen dignidad (que producen los artistas) y también como cosas que tienen precio (relacionadas con los galeristas, coleccionistas) y todo ello en relación con el “premiar” y el “apremiar” que da título a la conferencia.

¿Qué es premiar? Premiar es conceder un premio; conceder un premio es destacar y presentar a la sociedad una obra, una conducta o una trayectoria ejemplar digna de imitación. Conviene distinguir entre ejemplo y ejemplar. Por todas partes los ejemplos y también los contraejemplos, los ejemplos negativos, rodean nuestras vidas. Vivimos en una red de influencias mutuas o como dijo el ensayista inglés Burke “vivimos en una red de mutuas condescendencias”. En la familia, en la vecindad, en el trabajo, en el ocio, en el ámbito público y privado, recibimos la influencia inevitable de la conducta, la vida y la persona de los que nos rodean y, al mismo tiempo, nosotros somos ejemplo para ellos. El ejemplo puede ser positivo o negativo; sólo hay ejemplaridad en el sentido estricto, en el ejemplo positivo que es digno de imitación. Ejemplar es aquel ejemplo positivo que si se generaliza haría de la sociedad algo mejor, más virtuosa, más cívica, más propicia a la convivencia, y el buen ejemplo es un precedente de que ese comportamiento cívico es posible, es susceptible de repetición y es susceptible de imitación.

Decíamos que el ejemplo puede ser positivo o negativo; también, que no podemos escapar a la influencia del ejemplo. Siendo ese así, el imperativo ético y principal para los hombres, es aquel que se refiere a la responsabilidad de tu propio ejemplo y que obliga a todas las personas (que son siempre ejemplos positivos o negativos) a exigirse ser ejemplares, a ser ejemplos positivos en los demás, a producir un impacto civilizatorio a su alrededor. El mandato básico de la ejemplaridad dice “obra de tal manera que tu comportamiento sea ejemplar”, es decir, que pueda ser fecundo y positivo para los demás si es imitado, repetido

y generalizado. De manera que premiar es destacar un hecho, una conducta, una trayectoria digna de imitación. Pero al premiar se apremia, porque se exhorta, se compele a la ejemplaridad tanto al propio premiado (que ha de estar a la altura de esa distinción que recibe), como a todos los demás, que se les compele a que observen una conducta digna de imitación y los interpele para que la repitan.

La ciudad, las instituciones públicas, las instituciones privadas con vocación pública siempre han conocido el inmenso poder persuasivo del ejemplo, del buen ejemplo, para estrechar los vínculos y cohesionar la sociedad; y del mal ejemplo para disgregarla, atomizarla y desmoralizarla. Y desde las canciones de Homero, que ensalzaba la conducta de los héroes griegos enalteciendo sus hazañas guerreras, hasta la presente actividad honorífica, el esfuerzo de la comunidad por llevar a la consideración de los ciudadanos ejemplos de virtud y deferencia ha sido siempre constante. Las instituciones públicas sienten con especial intensidad su responsabilidad del ejemplo porque son conscientes del efecto multiplicador que la espontánea generalización de determinados modelos sociales tiene para la convivencia y la consolidación de hábitos cívicos. Efecto multiplicador especialmente decisivo en una época como la nuestra, que por fortuna ha renunciado a los instrumentos de coacción para mantenerse unida, cambiándolos por los de la persuasión.

Ahora debemos aplicar lo anterior a las tres modalidades: el artista, el galerista y el coleccionista. ¿Son ejemplos? ¿Son ejemplares? ¿Son generalizables? ¿Cómo pueden serlo? ¿Son susceptibles de premio y de apremio?

El problema que plantea el precio es distinto del problema que plantea la dignidad. El problema del precio es si resulta ejemplar o no cómo se ganan la vida los artistas, si es digno de ser destacado como algo ejemplar, mientras que el problema de la dignidad del artista es si éste y su obra pueden o no ser dignos de imitación.

Lo primero es que las instituciones que tienen precio, las instituciones de la economía del arte, de la economía de lo bello, los galeristas, los museos, los coleccionistas, suscitan admiración y a veces recelo por partes iguales. Es de buen tono, es seductor, pero al mismo tiempo el dinero sigue siendo para muchos una sustancia pringosa que mancha algo purísimo como es el arte. Ha habido un puritanismo en el arte desde el romanticismo; el arte es demasiado elevado, demasiado noble, demasiado exquisito, puro y digno como para mezclarlo, se dice, con el dinero. Por tanto la economía del arte y la economía de lo bello estarían fuera, quizá, del ámbito de lo ejemplar. Mi tesis es exactamente la contraria, como he expuesto en el libro *Ganarse la vida en el arte, la literatura y la música*, que coordiné, y uno de cuyos principales trabajos está firmado por el profesor Calvo Serraller.

Los manuales de historia, de literatura, de filosofía, del arte, de la música presuponen la tesis contraria, la que yo combato, la tesis romántica. Tras una rápida y vergonzante nota alusiva a las circunstancias biográficas del autor, en la que es mucho más fácil conocer sus amoríos y aventuras eróticas (generalmente extramatrimoniales) que el modo como se ganó la vida, estas historias se sumergen apresuradamente en el estudio de su obra y su mundo artístico. Los creadores de estos manuales flotan en un *continuum* cultural en el que el modo en que se ganan la vida aparentemente no tiene ninguna influencia ni en su personalidad, ni en su obra. Estoy convencido de que el modo en que uno se gana la vida, la disposición positiva o negativa de conformidad, rebeldía o resentimiento respecto al deber de ganársela y el medio elegido por cada uno para hacerlo determina esencialmente, en el hombre y en la mujer, la constitución de su personalidad y de su mundo interior.

¿De verdad es indiferente para la comprensión de las obras de arte que durante siglos el arte fuera un arte de encargo? ¿Es indiferente que Beethoven se sacudiera del viejo mecenazgo y tratara de ganarse la vida con los ingresos producidos por las ventas de sus partituras? ¿Qué es la bohemia de Baudelaire sino una toma de postura sobre cómo debe ganarse la vida el artista moderno? ¿Es irrelevante para la creación que el artista pueda permitirse vivir de las rentas como Lord Byron o Tolstoi? ¿Casarse con una mujer que ya

las tenga como Thomas Mann? ¿O que se la cedan admiradoras como le pasó a Rilke? ¿O que por el contrario se vea obligado a desarrollar una actividad productiva, socialmente pautada y no orientada al cultivo de su mundo interior? ¿Es irrelevante? Yo creo que es lo contrario. El modo en que uno se gana la vida le constituye en su individualidad, le da una posición en el mundo, además de ser algo nobilísimo. Determina su mundo interior y también sus obras, de manera que explicar cómo se ganan la vida los artistas es un acceso privilegiado para la interpretación de sus obras. En consecuencia, las galerías y los coleccionistas que hagan ejemplarmente su trabajo, superando el añejo prejuicio romántico, pueden ser obras dignas de imitación, y hacer la sociedad más virtuosa, más habitable y susceptibles del premio y del apremio.

Y paso a la segunda parte; la primera parte se refería a la economía de lo bello, de aquello que tiene precio; la segunda, se refiere a aquello que no tiene precio porque tiene que ver con la dignidad.

Lo que no tiene precio sino dignidad, aquella obra del artista que no tiene más fidelidad que su visión estética ¿puede premiarse en una época de la cultura como la nuestra? Porque hasta hace poco todo arte ha sido, de una manera o de otra, arte de la subjetividad, que se concibe a sí mismo como irreplicable y no imitable, y en consecuencia, es poco compatible con una función honorífica.

La pre-modernidad, aquella época de la cultura que llega hasta el siglo XVIII, interpreta la realidad como un cosmos perfecto, completo, ordenado. El arte, hasta el siglo XVIII es básicamente un arte que imita ese cosmos perfecto y que lo celebra, es un arte celebratorio. De pronto, en el gozne entre el siglo XVIII y XIX el cosmos fue sustituido por la nueva totalidad, que es la totalidad subjetiva y, dentro de la subjetividad, la persona que de forma más eminente representa la subjetividad moderna es justamente el artista. Y el artista ya no busca imitar un cosmos perfecto, sino que lo que busca es la propia expresión, su expresividad, esa subjetividad eminente. ¿Se puede premiar a alguien como el artista que se considera único, irreplicable, genial, auto-legislador, libre, creador, por encima de las reglas que rigen al común de los mortales? Si es tan único, tan distinto de los demás, su acción no puede ser ejemplar en el sentido de digna de imitación o generalizable.

El arte siempre ha contribuido a la misión civilizatoria. Siempre, incluso cuando los artistas pensaban que la negaban, o que la execraban, cuando se creían anti-civilizatorios, nihilistas, anarquistas, dadaístas, ácratas, siempre el arte ha sido responsable (aunque la responsabilidad y la misión de la responsabilidad pueden ir variando con el tiempo). Nunca ha dejado de servir responsablemente al progreso moral del hombre, y a esto no es excepción el arte romántico de la subjetividad, el arte del siglo XIX y XX. Siempre ha prestado un altísimo servicio a la comunidad, incluso ese arte que se presenta como experimental, que se presenta como transgresor, ese arte que se representa como ruptura radical con la tradición, en realidad estaba prestando un gran servicio. ¿Cuál? El arte del siglo XIX y XX nos enseñó a enamorarnos de nuestra libertad. En el fondo como en la forma, este arte de la subjetividad, gracias a la genuina persuasión que tiene el arte, mucho más eficaz en la reforma de la sentimentalidad que los tratados discursivos, nos enseñó la pasión por la libertad y el amor a nosotros mismos.

Esta lección, la del enamoramiento de la libertad individual, ya está aprendida. Ese *amour de soi* que recomendaba Rousseau está sobradamente establecido en nuestros corazones y la misión histórica pendiente ya no es la de la subjetividad; la nueva misión ética y estética es hoy otra. Y está relacionada, no tanto con enamorarnos de nuestra libertad, sino en la convivencia pacífica de millones y millones de personas enamoradas de su libertad. Lo verdaderamente crucial, la cuestión palpitante hoy no es ser libres sino ser libres juntos. En las sociedades avanzadas la población se concentra en núcleos urbanos y la promiscuidad humana acentúa aún más la necesidad de alguna clase de protocolo de urbanidad que reglamente una civilizada vida en común. La tarea civilizatoria ahora

pendiente es la urbanización de esa espontaneidad, de ese corazón, como paso previo a la transformación de ese yo en ciudadano.

Es una especie de milagro, bien mirado, que el hombre acepte las inhibiciones inminentes a la civilizada vida en común, que suponen restricciones a su libertad individual. ¿Por qué conducirme como persona civilizada si es más gratificante ser bárbaro? ¿Por qué elegir hoy ser civilizado en vez de la barbarie? Han de ponerse en juego todos los resortes que resulten persuasivos para convencer al hombre moderno a que incline su voluntad por hacer la civilización en lugar de la barbarie pese a todos los gravámenes que convivir conlleva. Y en este cometido, el arte, que acumula reservas de poder carismático y transformador del corazón, es un cooperador absolutamente necesario. Esa promesa de felicidad del arte, de todo arte, incluso del aparentemente más sórdido, ese encantamiento que vierte sobre la realidad inhóspita del mundo, contribuye a hacer más soportables las limitaciones impuestas por la sociedad de los hombres y más atractivas a las pulsiones bárbaras del yo. Es completamente impensable una civilización sin una poética que esté a la altura de sus tiempos, y que haga asumibles esos gravámenes a la libertad (que sin la poética fueran odiosos), incluso atractivos.

Escribió Schiller “el antiguo es poderoso en el arte por la limitación, el moderno es poderoso en el arte por la infinitud”. Ha llegado el momento de que lo antiguo pase a ser lo actual, incluso lo posmoderno. El arte de la subjetividad, el arte moderno, del siglo XIX y XX, ha sido un arte de la libertad infinita, tanto en los temas como en los procedimientos. La poética democrática tiene el cometido de urbanizar los anhelos de la subjetividad moderna, acostumbrada en su corazón a los excesos de la infinitud, y devolverle al placer de la limitación cuando, como ocurre con la amistad, es libremente elegida. El arte que nos enseñó en los últimos tres siglos a ser libres bien nos podría educar ahora para ser elegantes, término cuya raíz denota un modo atractivo de elegir, de ahí la elegancia, usando esa facultad de elegir para elegir bien el uso de tu libertad, una libertad ya conquistada en los siglos anteriores. Un producir poéticamente correcto será aquel que cumpla lo que cantó Mignon, el personaje de Goethe: “Dejad que lo parezca hasta que lo sea”, es decir, dejad que el arte proponga ejemplos (que de momento solamente existen en el arte) para que algún día, por la seducción que producen, se conviertan en realidad. Si el arte, comportándose otra vez, como siempre lo ha hecho, responsablemente, presenta ejemplos imaginados de autolimitación, de civismo, de acciones públicas dignas de imitación y de emulación, entonces, dado el hechizo magnético del arte y el poder transformador que tiene sobre los corazones, acabará levantando en la sociedad ondas expansivas de amistad cívica.

De manera que, para concluir, hay una ejemplaridad posible para galerías y para coleccionistas y hay una ejemplaridad posible para el arte, y en consecuencia pueden ser ejemplos dignos de imitación, como lo son sin duda las tres personas premiadas que por eso, con su ejemplo, nos apremian a mejorar la sociedad.